

ves explicaciones, que terminó diciendo tranquilamente:

—¿Os gusta, señora?

— Muchísimo (dijo la Marquesa); tanto, que os tengo envidia...., ¡porque entendéis de todo!.... ¡Sois perfecta!.... Y no se puede estar á vuestro lado sin resultar inferior á vos.

La Marquesa se levantó, y disimulando un bostezo detrás de su abanico, se excusó con la fatiga del viaje, y se despidió de sus nuevos amigos.

Antes de salir estrechó la mano á Felipe.

—Hasta mañana, amigomío,—le dijo.

Y añadió más bajo, pero siempre sonriente, y como si le hubiera dicho un cumplimiento:

—Os doy dos días para tomar un partido....; en seguida avisaré.... ¡Buenas noches!

XII.

Los dos siguientes días se invirtieron, en su mayor parte, en hacer los honores del país á la Marquesa. Se paseaban á pie por la mañana en los sotobos de La Roche-Ermel y de Boisvilliers, y después del mediodía recorrían en carruaje los sitios más notables de los alrededores. En los intervalos se ocupaban en los preparativos del matrimonio y, en particular, en el examen y en la prueba del *trousseau*.

En estas circunstancias, el drama de que el castillo de La Roche-Ermel era teatro, quedaba en cierto modo reducido al representado por los tres principales personajes que estaban más ó menos enterados en el secreto. Parecía que se había establecido un tácito y mutuo acuerdo para respetar el mayor tiempo posible la seguridad de aquella familia; porque por indiferente que á la Marquesa le fuera el reposo de sus amigos, tenía, sin embargo, interés en evitar todo escándalo, y este interés era tanto mayor, cuanto que abrigaba la esperanza de un desenlace amistoso. Á pesar de su gran saber en el arte del disimulo, se fatigaba de un esfuerzo tan continuo, y cuando se encontraba sola entre Felipe y Juana, se quitaba á medias su máscara, para respirar y reponerse. Parecía

entonces distraída, irónica y altanera. Los dos jóvenes, pálidos como ella, con el corazón oprimido y la mirada atenta, se preguntaban y parecían preguntarla cuándo querría romper aquella situación y abrir las mortales hostilidades que presentían.

Felipe no se había equivocado; Juana, desde la llegada de la Marquesa, tenía conciencia, y se daba cuenta perfectamente, de que había un peligro suspendido sobre su cabeza. Desde que había notado la tristeza del joven, comprendía que estaba llamada á representar junto á su prometido el papel de ángel guardián, salvándole de los remordimientos y de los martirios de unos lazos culpables. La deslumbradora belleza de la Marquesa, y quizá también la curiosidad apasionada que Juana había sorprendido en su primera

mirada, habían acabado de instruirla. Desde entonces no la quedó ninguna duda de que la Marquesa había sido el objeto de aquel cariño que parecía haber llegado á ser para Felipe una insoportable cadena; pero toda la penetración y el talento de Juana no pudieron ir más allá.... ¿Qué venía á hacer aquella mujer á La Roche-Ermel?... ¿Qué podía meditar? Juana presentía un misterio terrible, y estaba muy alarmada, pero no abatida; pues, sin explicarse con claridad la conducta de Felipe en todos sus detalles, creía ver en sus palabras y en su rostro seguros indicios de sinceridad: la joven se acordaba de que en aquellos últimos días Felipe había opuesto vivas objeciones á los proyectos que de una manera ó de otra podían aproximarla á la Marquesa: sacaba en con-

secuencia de estos síntomas y recuerdos, que la presencia de la Marquesa era para su prometido, aún más que para ella, un motivo de repulsión y de espanto. Esta persuasión le inspiró el valor de sostener con firmeza la extraña prueba que la aguardaba, y esperar el desenlace con confianza. Estaba persuadida de que era amada, y este pensamiento la daba valor para todo. Tal vez hubo también en aquel alma generosa algún movimiento de piedad para aquella hermosa rival, que á su vez debía sufrir mucho, y á pesar de su secreta tristeza, Juana era dulce y buena para ella.

En la mañana del tercer día, cuando acababan de almorzar, la Marquesa se encontró en la escalera con la señorita de La Roche-Ermel, que estaba dispuesta para salir.

—¿Queréis tener la bondad de acompañarme, señora? (dijo Juana.) El tiempo es magnífico, y, además, voy cerca.

—Con mucho gusto (replicó la Marquesa); voy á ponerme el sombrero, y os sigo.

Algunos minutos más tarde se reunían en el patio del castillo.

—¿Dónde me conducís, querida mía?

—No temáis (dijo Juana, riendo); os llevaré por buen camino.

Dieron algunos pasos en la avenida principal, y luego se internaron á su izquierda en un tortuoso sendero que subía por una pendiente rápida, situada entre dos vallados con escarpados taludes. Las ramas entrecruzadas de los nogales y de las encinas proyectaban una semiobscuridad, que sólo turbaban algunos rayos de sol que lograban

penetrar por entre las ramas separadas. Las dificultades de aquel camino, que estaba cortado en algunos sitios por trozos de roca y grandes cantos que habían rodado de las vertientes próximas; los colgantes espinos que se prendían en sus vestidos, dieron lugar en las dos jóvenes á una conversación natural y casi alegre, que consistía sobre todo en exclamaciones. Juana separaba los espinos rebeldes para que pasara la Marquesa, y la ofrecía la mano en los sitios peores. Ésta aceptaba estos pequeños servicios, dándole gracias con un signo de cabeza. Después continuaba marchando detrás de su conductora, levantando sobre ella sus ojos irónicos, que parecían decir:

—¡Perdéis vuestro trabajo, pequeña!

Hubo un momento en que Juana, á su vez, se quedó un poco retrasada.

Había apercibido sobre la hierba una planta de esas florecillas azules que son en el campo las últimas del estío. Juana hizo un ramito, y, atándole con un junco, se le presentó á la Marquesa, saludándola con una amable reverencia.

La señora de Talyas vaciló, la miró frente á frente, y no viendo en sus ojos más que una expresión de tierna bondad, enrojeció ligeramente, y tomó el ramo.

Cuando llegaron á lo alto del sendero, se encontraron repentinamente delante de la entrada de un pequeño cementerio, en medio del cual se elevaba una ermita. Estaba ésta situada en la cima de una montaña, desde donde la vista podía extenderse á lo lejos en el valle profundo en que serpenteaba el río del *Ormaie*, y en los

frondosos horizontes que se entrecruzaban alrededor en forma de anfiteatro. El sol del mediodía vertía su viva luz sobre aquel alegre y tranquilo paisaje, haciendo brillar aquí y allá, entre las oscuras masas de verdura, las blancas tapias de una granja, el surco de un empolvado camino, la pizarra y la elevada flecha de un campanario.

—¡Qué hermosol—dijo la Marquesa, sentándose á la sombra de un árbol secular, sobre una de esas tumbas bajas en forma de altar, que son los monumentos aristocráticos de los cementerios de aldea.

—¿No es verdad?—dijo Juana, cuyos ojos se animaron ante aquella hermosa naturaleza que tanto amaba.

Después de haber dejado algún tiempo á la señora de Talyas en su

vaga contemplación, la joven dijo:

—Voy á entrar un momento en la iglesia.... ¿No venís?

—No,—dijo fríamente la Marquesa.

Y añadió después de una pausa:

—No creo en nada.

—¿Me permitiréis al menos que ruegue por vos, señora?—dijo Juana sonriendo.

—¡Oh, eso sí!.... Os lo permito.... ciertamente.

—Pues bien: tened la bondad de esperarme aquí,—replicó la joven.

Y dejándola, franqueó la puerta de la ermita.

Aquel día era el que la Marquesa había designado á Felipe para saber sus resoluciones y hacerle conocer las suyas.

Felipe no lo había olvidado, y desde por la mañana determinó acabar lo

más pronto posible con la horrible incertidumbre que le torturaba. Se dirigió á La Roche-Ermel, y en el castillo le dijeron que la Marquesa había salido con Juana un cuarto de hora antes, y que las habían visto dirigirse por uno de los caminos que conducían á la iglesia.

—¿Las dos solas?—preguntó.

—Sí, las dos solas.

En medio de los mil pensamientos siniestros que desde la aparición de la Marquesa atormentaban la imaginación de Felipe, había uno, que desde luego había rechazado como una loca quimera, pero que poco á poco se había impuesto á su inteligencia. Cuando el joven la preguntó qué haría para impedir su matrimonio, le había respondido con esta sola palabra: «¡Todo!» Esta palabra terrible, en su vaga con-

cisión, se la repetía Felipe á sí mismo sin cesar: «¡Todo!» Sí; él la creía, en efecto, capaz de todo.... Conociéndola, sabiendo que no tenía fe en nada, romántica y aventurera por otra parte, loca de pasión y celos, ultrajada en su amor propio, la Marquesa debía abrigar entonces en su alma, bajo su aspecto grave y encantador, los furores salvajes de una bacante.

Sin poder dar una forma precisa ni imaginar siquiera el objeto de aquella entrevista solitaria entre la Marquesa y Juana, no podía apartar de sí la sospecha de que en ella pudiera ocurrir algo grave. Al saber que habían ido juntas á recorrer los campos, una terrible sensación le llenó de inquietud é hizo latir violentamente su corazón. Tomó precipitadamente el camino que ellas habían seguido; tardó muy poco

tiempo en recorrerle, y se encontró al momento delante de la verja del pequeño cementerio.

Apercibió entonces á la Marquesa, sentada sobre el mármol de la tumba en que Juana la había dejado, y mordiendo las azules florecillas del ramo. Al ruido de sus pasos volvió la cabeza.

—¡Ah! ¿Estabais ahí? (dijo.) Perfectamente.... La señorita Juana está en la ermita; estad tranquilo. Vamos, venid: sentaos aquí.

Y bajando un poco la voz:

—Explicaos claramente. ¿Qué habéis decidido? ¿Qué pensáis hacer?

—¿Pero qué es lo que me preguntáis?—dijo Felipe en el mismo tono.

—Quiero que rompáis ese matrimonio.

—¡Romper el matrimonio!.... ¡Á última hora!.... ¿Cómo?.... ¿Bajo qué

pretexto?.... ¿Queréis, pues, que mi padre, mi familia y todos nuestros amigos me crean un loco y un miserable?... Escuchad, Luisa; podría recordaros todavía, que vos misma me habéis impuesto, para salvaros de un peligro inminente, esta unión, en la cual yo no pensaba entonces; pero es inútil, lo sé; no perdonaréis..., no perdonaréis á Juana ser tal cual es.... Pues bien, sea: para separar á esta niña, á su familia y á la mía de las tristezas y escándalos con que nos amenazáis, estoy dispuesto á todos los sacrificios, incluso el que exigís; pero con una condición, y es que para hacer lo que deseáis inventéis un medio que no sea deshonroso ni para Juana ni para mí..., porque yo no he podido encontrarle.

—Pues es muy sencillo (dijo la Mar-

quesa con acento burlón): que la ruptura parta de ella.... ¿No lo sabe todo?

—No, no sabe nada, al menos por mí,—dijo Felipe con altanería.

—Pues decídselo.

—¿Me autorizáis?

—Con mucho gusto....; entonces será la señorita Juana la que os rechace.

—Pues sea: yo la hablaré al volver hacia el castillo.

—Sí, sí, habladla al momento...., y en seguida id á decirme su respuesta.... Esperad, ya la oigo salir.

La Marquesa se levantó, y al ver un movimiento que hizo Felipe para acompañarla:

—No, no; permaneced ahí (le dijo). Hasta la vuelta, amigo mío....; en cuanto lleguéis, avisadme.

Y saliendo del cementerio, desapare-

ció en las sinuosidades del sendero.

Casi en el mismo instante la señorita de La Roche-Ermel cerraba la puerta de la pequeña capilla, adelantándose hacia Felipe.

—¿Cómo estáis aquí? (dijo un poco sorprendida.) ¿Y la Marquesa?

—Ha vuelto al castillo.... Es preciso que me concedáis algunos minutos, Juana.

—¡Ah! (respondió Juana, fijando una mirada inquieta en los extraviados ojos del joven.) Pues bien: decid...., ¿qué queréis?

Juana tomó á su lado el mismo lugar que había ocupado momentos antes la Marquesa.

—¿Qué sucede, Felipe?

—Querida Juana (respondió á media voz, con acento profundamente emocionado): hace tiempo que sabríaís

el secreto que voy á confiaros, si sólo me hubiera pertenecido á mí. Hoy me han autorizado para revelároslo.... ¡Quieren separarnos, mi pobre Juana!.... ¡Quieren obligarme á que no nos casemos!.... No quiero nombrar á la que cree tener derecho á ello. Si lo tiene ó no, vais á juzgarlo vos.

Felipe la contó entonces, bajo la forma más delicada que le fué posible, pero con toda sinceridad, el drama de su fatal compromiso, sus primeros escrúpulos, los arrebatos de su pasión; después los remordimientos y el horror, y por último el aborrecimiento que había llegado á inspirarle aquella mujer. La dijo también por qué serie de circunstancias había llegado á aconsejarle, casi á ordenarle, aquel matrimonio, y cómo, aprovechando esta ocasión inesperada, pensó recobrar con

su libertad la paz de su conciencia, y entregar por completo su vida á aquella que había llegado á ser el único objeto de su ternura, y cómo, en fin, las sospechas y los celos de la Marquesa la habían llevado hasta el extremo de venir á interponerse ella misma entre aquella unión.

—Por mi parte, Juana, ya la he respondido (añadió Felipe). Jamás, ni ruegos ni amenazas, arrancarán de mis labios una palabra que esté en desacuerdo con mi amor ó que pueda ofenderos.... Ahora, mi pobre y querida niña, pronunciad vuestro fallo. Si estáis celosa del pasado ó alarmada por el porvenir, y queréis rechazarme, hacedlo. Cualquiera razón que déis á vuestra familia y al mundo; sea cual fuere el pretexto de que os sirváis para despreciarme, no me defenderé

aceptándolo todo sin desmentir nada.

Juana le había escuchado con profunda atención, con la cabeza levantada y la vista perdida á lo lejos en el horizonte. Cuando cesó de hablar, se volvió hacia él.

—Felipe (le dijo): por mala que sea, es desgraciada, y la compadezco....; no conozco el miedo. Me amáis...., os amo....; no quiero abandonaros.

Y viendo brotar dos lágrimas de los ojos de su prometido, se enterneció y escondió el rostro entre sus manos. Después, levantándose rápidamente:

—Vamos (le dijo); no seamos niños. Acaso nos hará falta todo nuestro valor.... Vamos (prosiguió sonriendo); pensemos algo entre los dos de lo que podrá hacer.

Se apoyó sobre el brazo de Felipe, y tomaron entre todos los caminos el

más largo para volver al castillo, queriendo adivinar los proyectos de la que tanto les preocupaba.....

Media hora más tarde, Felipe era introducido en la cámara de la Marquesa. Ésta, casi segura de su triunfo, le preguntó:

—¿Qué noticias me traéis?

—Que la señorita de La Roche-Ermel, á quien he dicho toda la verdad, sigue, á pesar de todo, fiel á sus sentimientos y á sus proyectos.

Al oír estas palabras, las hermosas y delicadas facciones de la Marquesa se cubrieron de lívida palidez, y sus labios temblaron imperceptiblemente; se acercó á una mesa, y escribió dos ó tres líneas sobre una hoja de papel de cartas. Luego, dirigiéndose á Felipe, le dijo:

—Si en este mismo momento no renunciáis á vuestro matrimonio, nada me importaréis ni vos ni ella, y remitiré este telegrama dentro de una hora.

Felipe recorrió de una mirada el telegrama, que estaba concebido en estos términos:

«Marqués de Talyas.—París.

»Asunto grave y urgente. Vuestra presencia indispensable. Os espero mañana por la noche.»

—Y mañana, en cuanto llegue (añadió violentamente la Marquesa), le entregaré todas vuestras cartas, que á prevención he traído.

—Y os matará,—dijo Felipe.

—¡Oh! No le daré ese trabajo, amigo mío.... Tengo todo lo que me hace falta.... Cuando vine de París me figu-

raba lo que podría ocurrir.... Y en el momento en que le ponga vuestras cartas en la mano, tendré ya la muerte aquí....

Y se llevó la mano al seno con actitud siniestra. Después se sentó anhelante y como espantada.

—Vamos (dijo); id en seguida á consultarle con la señorita Juana, para que esta situación termine pronto.

—¿Y qué queréis que diga á Juana?... ¿Que le dé parte de vuestra amenaza? (exclamó el joven, con voz sorda.) ¿Queréis que la suplique que renuncie á mí para salvarme de la espada de vuestro marido?... Está muy bien. No la diré una palabra. Enviad el telegrama.

La Marquesa llamó, y un criado se presentó en seguida.

—Decid que hagan el favor de poner

el coche, porque tengo que hacer algunas compras en la villa.

Cuando el criado se retiró, Felipe saludó gravemente á la señora de Talayas, y salió de la habitación.

Conforme habian convenido, Juana salió á su encuentro en el patio del castillo. Felipe la sonrió, y tomándola una mano, la dijo:

—Siempre vagas amenazas....; pero vacila, y hasta creo que prepara un telegrama para hacerse llamar de París.

—¡Estáis muy pálido, amigo mío!
—dijo tristemente Juana.

—Naturalmente: la entrevista ha sido penosa; pero lo que os he dicho es la verdad.

—Pues, ¡bendito sea Dios!.... ¡Qué!
¿Os vais ya, Felipe?

—Sí; porque mi padre y yo tene-

mos cita con el Notario hoy á las doce.

—Pero, ¿vendréis á comer?

—Sí, Juana querida.

Y Felipe se dirigió hacia la avenida, volviéndose á cada paso para sonreír á su prometida.

XIII.

Mientras que la Marquesa, bajo el pretexto que había alegado, se dirigía á la villa de A.... para poner ella misma su telegrama, Felipe, retirado á las habitaciones que habían preparado en Boisvilliers para pasar algunos días con su mujer después de efectuado su matrimonio, daba algunas últimas disposiciones. Decidido á no defenderse en su inevitable encuentro con el señor de Talyas, había de-